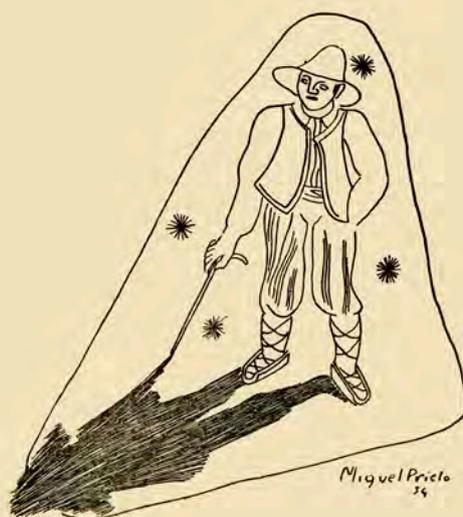


# ESTAMPAS DE ALDEA

EDICIÓN FACSIMIL CONMEMORATIVA  
DEL 80 ANIVERSARIO DE SU PUBLICACIÓN



Pablo de A. Cobos

# ESTAMPAS DE ALDEA



Miguel  
Prieto  
34

= ESCUELA de ESPAÑA =

## EL LIBRO

### ESTAMPAS DE ALDEA

Con el paso de tiempo "Estampas de aldea" se ha convertido en un título de referencia para explicar la renovación pedagógica de la II República, con numerosas referencias en estudios sobre este periodo.

Concebido como un libro de lectura en la escuela es el ejemplo más interesante de literatura infantil de los años 30. Se estructura a base de relatos que se leían en clase, lecturas dirigidas por el maestro. Contiene cinco áreas temáticas: Las vacas, los chicos, las fiestas, los pastores y las tareas, que cobran vida a través de 36 relatos breves.

Por su desarrollo, sus personajes y su temática "Estampas de aldea" es una auténtica cosmovisión del mundo rural segoviano:

*Exaltación de la vida del campo y firme convencimiento de que es más rica que la vida ciudadana en experiencia vital. Ofrenda a los niños de la aldea con el deseo y la esperanza y la ilusión de que saquen de las páginas que siguen todo el limpio goce que en ellas se ha vertido al escribirlas.*

INDICE		Página	
1.	Palabras previas .....	7	
2.	Vocabulario .....	8	
LAS VACAS.—I.			
3.	La Garbosa .....	13	
4.	El primer domingo de mayo .....	16	
5.	El ama del ganado .....	20	
6.	La hora del miedo .....	23	
7.	Los cinco terneros .....	25	
LOS CHICOS.—II.			
8.	El tío Catite .....	31	
9.	Novillos .....	35	
10.	Las vacas del tío Román .....	38	
11.	El maestro que nos hizo llorar .....	40	
12.	Martín y Pablo .....	42	
13.	Señoritos de pan pringado .....	46	
14.	La boina de Jorge .....	49	
15.	La traición del hermano .....	51	
16.	El día que me quise ahorcar .....	53	
17.	Florencio, o la ingenuidad .....	55	
18.	A nidos .....	57	
19.	En el tejado de la iglesia .....	61	
20.	Yo, ladrón .....	63	
LAS FIESTAS.—III.			
21.	La matanza .....	67	
22.	El día de la función .....	74	
23.	Los toros de Turégano .....	78	
24.	La feria de San Andrés .....	81	
25.	La boda .....	82	
26.	La mojada de los Santos .....	88	
27.	Al amor de la lumbré .....	93	
28.	La Nochebuena .....	95	
LOS PASTORES.—IV.			
29.	Hacia Extremadura .....	101	
30.	En la soledad del campo .....	109	
31.	Pastor, pero pastor de veras .....	113	
32.	Farruco .....	115	
LAS TAREAS.—V.			
33.	La de los dedos rosados .....	123	
34.	Los prados .....	127	
35.	Los surcos .....	132	
36.	Las hoces .....	135	

## EL AUTOR

### PABLO DE ANDRÉS COBOS

(LA CUESTA, SEGOVIA, 1899 - MADRID 1973)

Sobresaliente figura del magisterio segoviano, discípulo de Blas Zambrano. Impulsó y participó en la creación de la Universidad Popular Segoviana y en las famosas Misiones Pedagógicas. Su nombre se encuentra asociado a la Institución Libre de Enseñanza y al poeta Antonio Machado.

Su carrera en el magisterio se inicia en Valdepeñas, para continuar en San Ildefonso, Barcelona, el Orfanato de El Pardo y Madrid. Cobos es pensionado por la Diputación de Segovia en 1926 para realizar un viaje por diferentes centros educativos españoles, lo que le convirtió en un profundo conocedor de la realidad educativa española. Fruto de ese viaje es su obra "Un viaje por las escuelas de España" (1927). Con posterioridad hizo lo propio visitando escuelas de Francia, Bélgica y Suiza.



Si bien su figura destaca por el magisterio y la pedagogía, también brilló en su faceta de escritor y periodista, con abundante presencia en la prensa segoviana de la época. Cobos impulsa, junto con Norberto Hernanz y David Bayón, la revista Escuelas de España, vanguardia y referencia del magisterio segoviano y español.

En 1935 publica su obra Estampas de aldea. En ella recupera su infancia en la aldea segoviana de La Cuesta para reivindicar, bajo la forma de literatura infantil, la esencia del mundo rural segoviano. Un verdadero canto a la vida rural, a su conocimiento, a su apego a la Naturaleza y a sus tradiciones.

Años más tarde funda la Academia Audiencia y la editorial Ancos desde donde publica estudios literarios fundamentales para el conocimiento de la figura de Antonio Machado, con el que le unió una estrecha relación.

## EL ILUSTRADOR

### MIGUEL PRIETO

(ALMODÓVAR DEL CAMPO, CIUDAD REAL, 1907 - MÉXICO D.F. 1956)

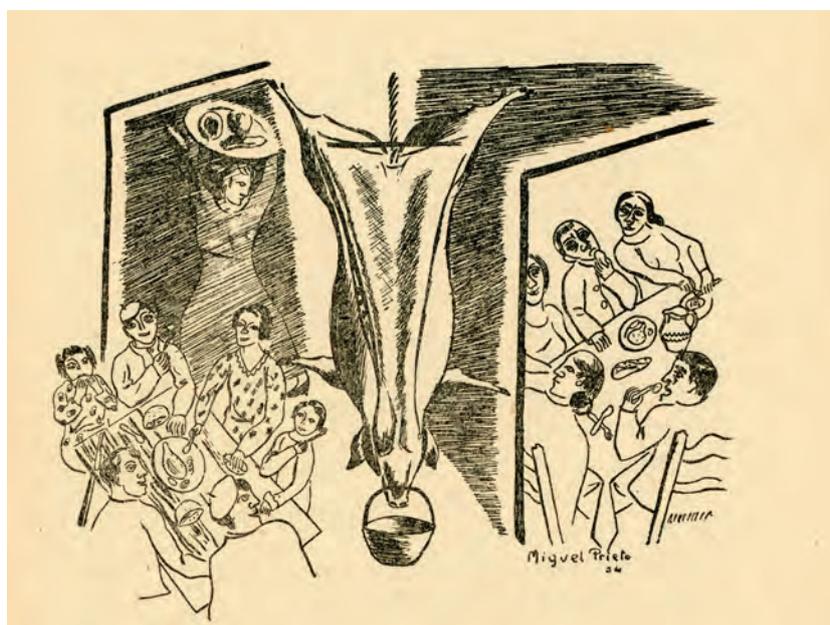
Artista polifacético se inicia como escultor e ingresa en 1924 en la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Participó activamente en las Misiones Pedagógicas, como escenógrafo del "Retablo de fantoches", para luego crear su guiñol propio, el mítico "La Tarumba".



Ilustró numerosos libros (entre ellos el "Romancero gitano" de García Lorca) y fue responsable artístico de la revista Octubre, dirigida por Rafael Alberti. Algunos de sus libros de dibujos fueron expuestos en el pabellón español de la Exposición Internacional de París de 1937.

Al finalizar la contienda pasó a Francia, donde permaneció internado en el Campo de concentración de Argelès-sur-Mer hasta su exilio a México, donde continuó sus actividades como pintor, ilustrador, diseñador gráfico y escenógrafo, de forma que se constituyó en una de las figuras más sugestivas de lo que se ha dado en llamar Edad de Plata de la cultura española.

Suyas son las ilustraciones de "Estampas de aldea", que incluyen doce ejemplos de un magnífico estilo lineal además de la portada de la primera edición.



## LA EDICIÓN

La edición original de "Estampas de aldea" sufrió distintos avatares que la elevaron a la categoría de edición "maldita".

Al poco de su publicación estalló la Guerra Civil Española (1936-1939), lo que frustró su distribución y venta. Además, al finalizar la contienda, el libro fue incluido en el catálogo de lecturas prohibidas lo que, en la práctica, significó su sentencia de muerte.

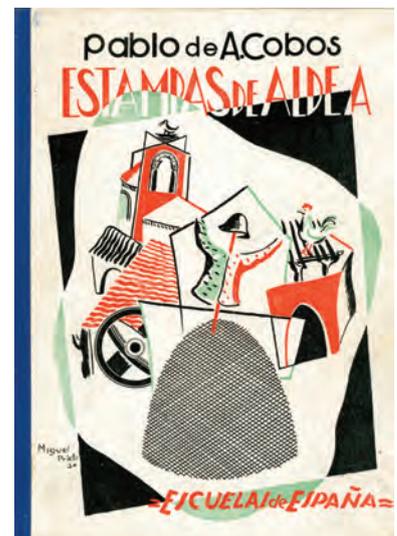
El propio Cobos ocultó en su vivienda parte de la edición a riesgo de represalias. El autor fue regalando ejemplares de la misma a sus amigos más íntimos. Este hecho convirtió a este título en mítico y apenas hay ejemplares del mismo en bibliotecas o instituciones públicas.

Es, por lo tanto, un libro casi desconocido.

La edición que se propone quiere redescubrir esta joya bibliográfica desde el respeto a la edición original de 1935. Ochenta años después, las modernas técnicas de impresión nos posibilitan ser fieles al texto y a los materiales. La edición propuesta se acompañará de un pequeño estudio biográfico de Pablo de Andrés Cobos, centrado especialmente en su faceta de escritor y periodista.

*No conozco mas que dos maneras de usar el libro de lectura en la escuela. Cada niño un ejemplar, otro en las manos del maestro. Lee el maestro o lee uno de los niños. Se comenta, se glosa, se analiza la lectura. O se le da el libro al niño para que lea, si quiere, y lo que quiera. Vale este libro para estas dos maneras y a probar fortuna le mandamos. Que él se las entienda con ustedes.*

(Pablo de Andrés Cobos, Estampas de aldea, 1935)



## CRÉDITOS

Esta edición conmemorativa del 80 Aniversario cuenta con la autorización de la familia del autor.

### Descripción:

- Facsímil de "Estampas de aldea": 12,5 x 7 cm.; 140 páginas; una tinta; encuadernación holandesa, lomo tela azul.
- Libro biográfico Cobos: 12,5 x 7 cm.; 64 páginas; una tinta; encuadernación en rústica, cosido con hilo.
- Estuche para contener los dos libros, de medidas aproximadas 12,5 x 17 x 1,8 cm, cartón calibre 1,50 mm.

Es un proyecto de Arqueología de Imágenes.

Dirección: Ainhoa Zufriategui

Coordinación: Aku Estebaranz

Producción digital: Carlos Díez (ARCHyBox)



# ANEXOS

## RELATOS ESCOGIDOS

- A NIDOS

- LOS TOROS DE TURÉGANO

- PASTOR, PERO PASTOR DE VERAS

—¿A nidos?

—¿Vamos a nidos?

—A nidos. Vamos a nidos.

Luis aseguraba que cogeríamos los huevos que quisiéramos y Paco, más prudente, que lo menos cien.

—Se los vendemos a la tía Isabelona. ¡Le decimos que son de perdiz!

—Sí, como que no se conocen. Oye, oye, que no se conocen.

—Como que es tonta.

—Pues los jugamos al chito.

—Eso, eso; los jugamos al chito.

Todo esto a la salida de misa, el domingo, a primeros de mayo. Quedó convenido, y a la tarde, después de comer, partimos de las eras de la Peana.

—Si fuéramos a la Mata... Chico, allí, por docenas.

—¡Ande vas tú... a la Mata!... ¡Qué bárbaro!

A los prados de las Veceas, al prado Mochila, a los del Camino Carrascal, a los de Navamura... Toda una excursión. Toda una tarde subiendo y bajando de los álamos y fresnos para recoger huevos de picaza sin acordarnos

del cartel aquel que colgaba en una de las paredes de la escuela: "Niños: No persigáis a los pájaros, no los maltratéis, no les destruyáis sus nidos..." ¡Pero si las picazas no sirven para nada y se comen los granos de las espigas, los garbanzos y los melones!

Con palillos entrelazados construyen el nido las picazas, abovedado, cerradito, con un solo agujero del tamaño del ave y del de nuestra mano. Era preciso que fuera así para que la hembra entrara a poner los huevos y nuestra mano a quitárselos. Dentro, un cacito de barro y en el barro la cama blanda y tibia, de pajas y hierbas.

¡Qué excursión, qué destreza y qué colección de huevos de picaza! Trepábamos con la mayor soltura, de rama en rama como por el tronco limpio, cada uno cuando le tocaba, llegábamos al nido, cogíamos la boina con los dientes y en ella bajábamos los huevos. Más de uno se rompía y allí quedaba la señal para que la madre se escandalizara e hiciera uso de la escoba o el zurriago. Y en vísperas de siega los prados, con la hierba alta y el riego abundante. Pronto los pies comenzaron a chapotear dentro de los zapatos. De cuando en cuando, pensábamos todos en la hora de volver a casa y lo guardaba cada uno para sí.



—¡Ahí va!... ¡cómo me he puesto!...

—Sí, ¿y yo?

Y fué lo peor al final. Con la boina en los dientes y alardeando de ligereza descendía yo del último nido. Se rompió la rama en que me sostenía y prendió el garrancho con tanta fortuna en el pantalón dominguero que lo abrió cabalmente hasta la entrepierna. No pudo ser

más, porque la señal que me dejara en el muslo me importaba nada. Allí estaba mi pantalón convertido en zajones, bailando las dos alas en la pierna. Y allí estábamos todos, sin color.

—Chico, ¿y vas a entrar así en casa?

Hacia casa fuimos, serios todos, y yo sin quitar los ojos de los faldones de mi pierna. Me acompañaron, piadosamente, hasta la puerta del corral. Entré. Me detuve a la puerta de la casa; se oía a mi madre trajinar en la cocina, preparando la cena. Abrí, sin ruido, la puerta, crucé de puntillas el portal, llegué a la cocina y me senté junto a la lumbre sin decir una palabra, con las piernas encogidas. Mi madre siguió acercando a la lumbre los pucheros, picando las patatas, poniendo la sartén... Se quedó mirando a mis piernas, echó mano al pantalón, soltó las perneras y dió un grito de espanto: ¡Hijo mío!; pero ¿qué es ésto? Rompí a llorar con la mayor amargura, y ya no queda de aquel día otra cosa que el recuerdo.

## LOS TOROS DE TURÉGANO

—Quiero ir a los toros, quiero ir a los toros, quiero ir a los toros.

—Madre, ¿me llevarán a los toros? ¡Como no me lleven!...

Pero me llevaron, me llevaron a los toros de Turégano. Con lo que yo había oído contar... “¡Chico, cómo se tiran!... Salen del corral, uf, como una furia, como un rayo. Cuando yo estuve se metió uno debajo de los tablados... chico, qué manera de salir arreando la gente... Anda, una vez saltó por encima de los carros, llenitos de gente, oye... se escapó. Cuando yo fuí...” Con las ganas que tenía yo de ir a los toros de Turégano.

Y fuí. Me puse ropa limpia, comimos tempranito y me acomodé en la trasera del asno, pegadito a mi madre, que olía, con la ropa salida del arca, a manzana. Vecinos y vecinas se unieron y comenzaron las voces y las risotadas. ¡Qué contentos todos, en el mes de septiembre, recogida la cosecha! Grupos delante, como manchas negras del camino, y el castillo a lo lejos, dominador, señero, con lenguaje de otros días. Al llegar, todas las calles llenas de gentío. Se me escapaban los ojos hacia aquellas

casas de dos o tres pisos, casi todas iguales, con fachadas pintadas, con tantos balcones, con puertas bonitas y portales de baldosín. ¡Qué casa, de cuatro pisos, al entrar en la Plaza! ¡El casino; qué casino, oye, qué casino! Y cómo estaba la Plaza; aquello era una cosa imponente. Pasamos por debajo de las carretas, arrastrándonos, a los soportales. Mi padre nos guió al tablado de un amigo suyo y quedamos allí, con cierto sentido de la soledad, entre tantos. Cada balcón un racimo; cada tablado una piña; los carros atestados y la plaza... En la plaza los valientes. Colores, muchísimos colores: pañuelos, faldas, mantones, blusas. Y ruido, muchísimo ruido: voces, chillidos, silbos, trallazos. A la izquierda, el tablado de los quintos; a la derecha, el del Ayuntamiento; enfrente, el toril. Salió el primer novillo barriendo la plaza... ¿Por qué comencé a temblar? Guardé la cara bajo el ala de mi madre y veía, de cuando en cuando, que apaleaban al toro desde los soportales y los carros. Un grito espantoso se me metió en el corazón; me abracé a mi madre, loco de pavor, y me vi encima de cien personas y debajo de otras cien, ahogándome. Se había hundido el tablado. Nos sacaron de allí sin otro daño que el de mi desconsuelo. No me consolaron los jugo-



esos melocotones que me trajo mi padre, y el llanto fuí volcando el pánico sin extinguirlo. Cuando de nuevo miré, los cuernos del toro zarrandeaban a un hombre. Y no pude mirar más.

Volvió mi padre y nos llevó, con otros, a merendar. Porque ir a los toros de Turégano y regresar sin comer un cuarto de cordero en casa de la Basilisa o de Isaac es imperdonable. Se elige en el horno y, caliente, doradito, en la misma cazuela de barro y en la propia salsa, se traslada a la mesa. En otra casa se busca el pan y el vino. Se rieron de mí, de mi pavor

y mi llanto; comí sin decir nada y aún no se me ha quitado del todo la amargura de aquel desengaño. ¡Y todavía el peligro de que algún novillo desmandado se nos cruzara en el camino, como contaban!

#### LA FERIA DE SAN ANDRES

Prefiero la feria, la feria de San Andrés. Es verdad que son peores los caminos, encharcados, barrizales, de tanto pasar vacas y mulas, aguantando la lluvia. Pero me gustó más pasear por el ferial, en aquellas laderas del cementerio, de la mano de mi padre. Por entre las vacas, viendo aquellos toros bragados de cuarenta arrobas; por entre las yeguas, con las mulillas lechales temblorosas; por entre las mulas grandes, quincenas y treintenas, tan limpias, tan hermosas, vibración pura, cuerdas de guitarra, en largas filas. Los grupos de gitanos, graciosos y ladrones, con sus borriquillos, con su chaquetilla entallada, de felpa. Los chalanes, los veterinarios, los labriegos con la alforja al hombro y cara de susto... Y casi estoy por afirmar que me gustaba tanto como el cordero en el horno de Isaac o la Basilisa, el bacalao, en grandes tajadas magras, hirviendo en aquellos calderos enormes del ferial.

## PASTOR, PERO PASTOR DE VERAS

Aun así nos gusta a los chicos ser pastores. Claro que de verdad, pastor de ovejas y no porquero. Y nos da envidia a los que no tenemos piara de los que la tienen. Pastor con traje de pastor de muchas correas, con garrote y honda, con las iniciales del nombre recortadas en cuero y sobre fondo verde o rojo en la mochila, con navaja cabriterera, con llara y con la manta al hombro hasta en el verano. Pastor como Pedrolas, que mete la piara por la cinta de un lindazo sin tronchar una sola porreta del trival.

Es muy alegre la mañana saliendo los hatos por calles y callejas y extendiéndose en careo tan pronto como se abre el camino a la pradera o el barbecho. Detrás de unas las otras ovejillas y todas detrás del pastor, que va dando trocitos de pan duro a los carneros, a la Blanquilla, la Paticalzada, la Tuerta, la Remendá; se aprietan unas contra otras, corren hacia el pan las golosas y las del mimo, van saltando los corderillos de vellón limpio y rabo largo y se dan cada testarazo los carneros grandes... Arropadas todas con su manta de lana sucia, afeitada la cara gra-

ciosa, mondadas las patas finas y quebradizas y de blanco nacarado los lindos zapatillos.

Y con las ovejas no es tanta la soledad, porque dan ellas compañía, la dan los cencerros, los mansos, que acuden al pan, y siempre, junto al pastor, el mastín. Y a la hora de comer, mientras los hatos sestan, amodorrados, en pelotón, a la sombra de un roble o de una peña, se reúnen los pastores junto a la fuente, sobre la hierba fresca, bajo el fresno. El más chiquitajo es el copero; va y viene a la fuente con la llara en la mano, la devuelve con agua en la misma posición que se la entregan sin ella y llarazo en la cabeza y el agua por el cogote cada vez que falte al rito. Así aprende, y se lava la mugre. Y si se enfada, enrabieta y llora, peor para él.

Pero muy sucias las ovejas. Mugre siempre en la lana y siempre colgando las velas de las narices; pringosa siempre la ropa del que anda entre ovejas. Que no entre en invierno en la **cija** ningún melindroso. Que no acuda a la fiesta del esquileo ni el día que cortan el rabo a los corderos y les dan el tijeretazo de la marca en las orejas.